



Etnografías críticas de acción participativa. Sobre la convergencia de la etnografía contemporánea y la investigación acción participativa

Paño Yáñez, Pablo
Universidad de Cuenca
Cuenca - Ecuador

Resumen

Ante los recientes aportes científicos marcados por la asunción de la complejidad, la investigación social viene experimentando una ampliación metodológica para lograr aumentar su capacidad de comprensión de la realidad social. El presente documento profundiza en comprender la relación y confluencia que en las últimas décadas se ha dado entre dos métodos diferentes como son etnografía e investigación acción participativa (IAP). De esa reflexión surge la propuesta de las etnografías críticas de acción social (ECAP) inscrita en la apuesta por el cruce metodológico necesario para la comprensión e intento de modificación de la realidad social, política y cultural.

Palabras clave: Etnografía, Investigación Acción Participativa

1. Introducción

En un tiempo actual de alta experimentación metodológica en ciencias sociales para abordar de forma más integral y ampliada realidades socioculturales que a su vez han ido cobrando mayor complejidad en los escenarios contemporáneos, el presente documento aborda las confluencias y conexiones contemporáneas entre la Etnografía y la Investigación Acción Participativa – Metodologías Participativas de Investigación y Acción Social (IAP – MPS)¹.

La presente reflexión y propuesta acerca de la convergencia de la etnografía y la IAP – MPS surge de la práctica. Así, en asignaturas de antropología en una carrera de sociología, resultó estimulante comprobar como sus estudiantes a la hora de plantear primeras prácticas de realización de trabajo de campo hacían converger indistintamente técnicas tanto etnográficas como participativas; más allá de la inclinación del docente por darles a conocer ambos métodos, fue relevante como ellos, básicamente desconocedores de su origen diferenciado, en la realización de trabajo de campo en interacción con sus sujetos combinaban el diario de campo, la observación participante, las entrevistas formales, informales, las historias de vida, con transectos, FODAS o mapas sociales en el marco de talleres participativos, sumado a abundante uso de fotografías, videos, cartografías críticas o sondeos en las redes sociales virtuales e internet. La confluencia técnica y su combinación se manifiesta clara en la práctica y, sin embargo, quedaba pendiente el debate sobre la posibilidad de su confluencia epistemológica y su fiabilidad metodológica.

¹ Ante las diversas denominaciones de corrientes comunes que vinculan investigación - acción y participación (Investigación acción -participativa (IAP), Participatory Action Research (PAR), Pesquisa Participante, Socio-praxis, Procesos participativos para la creatividad social, entre otros) para el presente texto se utilizará de forma genérica la de IAP-MPs.



Surgidas en momentos y contextos históricos absolutamente diferentes etnografía e IAP, proceden de campos distintos (antropología-etnología y sociología-pedagogía, respectivamente), se desarrollaron inicialmente en escenarios geográficos diferentes (Inglaterra, EEUU o Extremo Oriente por antropólogos norteamericanos, y sociólogos y educadores en América Latina), así como cuentan con antecedentes temporales distantes (segunda mitad del siglo XIX la etnografía y en la segunda mitad del XX la IAP). Sin embargo, tanto el marco sociocultural contemporáneo de carácter fuertemente híbrido y globalizado, como, a su vez, sus propias derivas (auto)críticas y creativas, las han ido situando a través de experimentaciones y cruces concretos, en una posibilidad de claro diálogo e *inter-potenciación*. En ese sentido, resulta evidente que etnografía e IAP-MPs se encuentran en la actualidad más cerca que nunca. De hecho, la frontera entre ambas es especialmente difusa en la actualidad producto de sus trayectorias convergentes: la IAP ya se inicia y fue desarrollando con las MPs, fuertes componentes etnográficos (trabajo de campo, observación participante, historias de vida), tal cual etnógrafos contemporáneos recurren a talleres participativos y acercan la etnografía a la acción.

En ese sentido el presente documento se interesa en comprender esas convergencias especialmente desde las mutaciones epistemológicas que su reunión y articulación implica como mecanismo hacia mayores impactos de sus resultados en las realidades aplicadas y sus sujetos.

Como hipótesis se plantea que ambos enfoques y métodos han asistido en sus trayectorias a un proceso experimental de convergencia en la medida que comparten visiones similares producto del trabajo directo con las mayorías, sectores populares y grupos que sufren exclusión en diverso grado, en base a una profunda contextualidad que cuestiona y supera las visiones estructurantes desde los centros de poder, y por el contrario confirman la continuidad entre investigación, análisis y actuación social hacia la conformación de escenarios convivenciales para el bien común.

Para su verificación se plantean preguntas como: (i) ¿Epistemológicamente presentan puntos de encuentro que permitan su articulación? (ii) ¿Constituyen métodos y técnicas compatibles y comparables? (iii) ¿En qué forma y aspectos, etnografías e IAP-MPs convergen y se potencian hacia la consumación de procesos de investigación y acción social más democráticos, participativos, inclusivos, interculturales, con posibilidad de impactar en el cambio de la realidad social analizada? Y finalmente ante esta propuesta de *Etnografías Críticas de Acción Participativa* (ECAP) que se plantea como producto de esa fusión (iv) ¿Pueden conformarse como una herramienta apropiada para la investigación y/o acción social de ciertos escenarios actuales?

Cabe señalar que una de las pautas centrales para comprender su convergencia pasa por el hecho de que permitirían una articulación de las dimensiones tanto discursivas como movilizadoras de la realidad sociocultural. El denso trabajo etnográfico con múltiples fuentes, interacciones y con un importante componente convivencial de presencia en terreno que ofrece múltiple información cualitativa, en la medida en que se suma a lo participativo sería directamente orientado hacia la acción y búsqueda de cambios sociales protagonizados por sus sujetos en lo que son procesos de construcción colectiva



de conocimiento-acción. Lo discursivo orientado a lo movilizador, lo cualitativo sumado a lo participativo para procesos activos hacia el cambio, sumando por lo demás todos otros tipos de fuentes que aporten a la comprensión e intervención de esa realidad sociocultural concreta.

Cobra especial relevancia de esta conjunción la que denominamos como construcción de un *nos-otros*, producto del tratamiento que una y otra hacen de los otros y el nosotros. Las habilidades y sensibilidades adquiridas en etnografías recientes para abordar las asimetrías de los *otros* analizados, resulta de primera relevancia a la hora de aportar a construir una idea de *nos-otros* plural, diverso y complejo que plantean los procesos de IAP-MPs. Un *nos-otros* complejizado que en la híbrida sociedad actual pasa por atender a diversidades, pluralidades y negociaciones que permitan construir actuaciones inclusivas para todos los miembros e identidades que lo componen.

2. Trayectorias de la etnografía

De la etnografía tradicional a las contemporáneas

La etnografía como método es sin duda, su acepción más reconocida pudiéndola caracterizar como: fundamentada necesariamente en el trabajo de campo (y opuesto a lo relacionado con lo experimental controlado a modo de laboratorio), en ser dialógica con un trato personalizado cara a cara del investigador como participante y observador, así como reflejo más directo de la realidad social tal cual acontece; de carácter longitudinal o de largo plazo; claramente inductivo en la medida que construye desde la práctica hacia la elaboración de interpretación; Integral – holístico en su búsqueda de comprensiones globales de los funcionamientos socioculturales, así como multifactorial (Angrosino, 2012). La idea fuerza de C. Geertz (1990) de que construye una descripción/interpretación densa marcará su análisis complejo que requiere de diversas técnicas que den cuenta de planos múltiples. Como asevera Angrosino, “la investigación etnográfica se utiliza para definir un problema que no se puede expresar de modo inmediato en términos “si X, entonces Y...” y que parece traducirse en comportamientos que las publicaciones existentes no habrían predicho” (2012: 44). Ese carácter múltiple parece haber intuido antes que ningún otro método la complejidad y variabilidad de la realidad sociocultural que no se podía aprehender con técnicas únicas y menos de carácter puntual ni solamente descriptivo.

De las etnografías tradicionales orientadas a comunidades básicamente cerradas, lejanas y todavía distantes aunque impactadas por Occidente, se fue evolucionando al ritmo de las transformaciones de la modernización y globalización en prácticas ya aplicables también a los propios entornos nacionales, incluidos los urbanos con ese carácter de sociedades hipercomplejas. Además, con las implicaciones de que se ha tratado de una globalización que ha supuesto la unificación de tiempo y espacio en una misma contemporaneidad y que, por tanto, no podía quedarse ya exclusivamente en lo local y lo micro. La práctica desaparición de comunidades aisladas, las migraciones, la aceleración del tiempo, la tecnificación de la vida cotidiana, el crecimiento de las ciudades, entre otros escenarios precipitaron la mutación de la etnografía tradicional hacia nuevas expresiones bajo el nombre genérico y plural de etnografías contemporáneas (Ferrándiz, 2011). Asimismo, en ese transcurso la etnografía pierde su



carácter disciplinario para ser acogido con variantes desde otras disciplinas como la sociología, la politología o la pedagogía, avanzando en su uso también hacia lo inter o transdisciplinario. Claramente se difuminó la frontera entre el nosotros y el otro, pues este último era visualizado en nuestra propia sociedad, o, según la perspectiva desde donde se observara, cualquier individuo podía llegar a serlo.

La etnografía contemporánea ha rastreado las conexiones entre macro y micro traducidas en personas concretas y su vida cotidiana; dicho en clave negativa por Abélès: *para entender las disfunciones locales hay que comprender las fuerzas globales* (2008: 124). Desde la sociología Burawoy et al. (2000) planteó esa estrecha conexión micro-macro a través de su propuesta de etnografía global, tal cual Abélès (2008) propone la ampliación de la etnografía tradicional a una etnografía global que permita la comprensión de las evoluciones del mundo a través de la experiencia cotidiana de la globalidad. Abordar críticamente ese fenómeno a través de la etnografía acerca a observar esa globalización en absoluto como homogénea yendo más allá de la unidireccionalidad del centro hacia las periferias, para comprender las expresiones localizadas y diferenciales de los fenómenos en distintos grupos y espacios. La globalización está provocando nuevos tipos de diferencias culturales y una etnografía adaptada a ese contexto puede ayudar por de pronto, a identificarlas y conocer sus contextos y experiencias. Conociendo el carácter neoliberal de esta globalización permite conectar también con las expresiones históricas y nuevas de sufrimiento social vinculadas a los procesos globalizadores que padecen sus sujetos (Santos, 2019).

Tal cual mantuvo ciertas esencias en su método desde el origen, en ese cambio la etnografía mantendrá en gran medida su vínculo con abordar a unos *otros* diversos muchas veces en su calidad de subalternos, empobrecidos, discriminados, excluidos. El carácter etnográfico de, por ejemplo, la *Antropología de la pobreza* de O. Lewis en el México de inicios de los 60, tal cual la proliferación de etnografías sobre pueblos indígenas, sectores marginados diversos, minorías sexuales, identitarias, muchas veces sin voz, se mantendrán prioritariamente entre sus sujetos y motivos centrales; como enfatiza Juliano ha permitido escuchar a quienes hablan o actúan en los límites del sistema (2017). Así, aunque como método asista a un significativo proceso de diversificación y enriquecimiento, en él una orientación principal será su acercamiento a la teoría crítica con que desvela situaciones estructurales de no reconocimiento, desigualdad, marginación, explotación, invisibilización, entre tantos. Sin embargo, también se identifica un debilitamiento de lo subalterno; la expansión de campos mediante la transnacionalización y desterritorialización actual de la etnografía, significará un debilitamiento de este elemento que había sido definitorio en el pasado.

En el contexto de transformación-enriquecimiento-diversificación que ha vivido la etnografía se ha asistido a su ampliación tanto en términos temáticos como técnicos. Cinco variantes se pueden identificar como parte y expresión de esa extensión: (i) ampliación a otras disciplinas, (ii) utilización y apropiación desde diversas corrientes teóricas de pensamiento; (iii) aplicación a un campo muy diverso de temáticas; (iv) nuevas posibilidades técnicas que los escenarios actuales ofrecen tanto en su formato como en sus contenidos dando como resultado la ampliación de modalidades dentro de la propia



etnografía; y finalmente, (v) todo el campo de su relación con la crítica, la acción, la participación en lo que sería su vinculación a su dimensión política.

Ya desde mediados del siglo XX la etnografía integrada dentro de los métodos de las ciencias sociales es recogida en primer lugar desde la sociología. Desde ahí en años posteriores entra de pleno a disciplinas como la ciencia política a través de autores como el propio Auyero o García-Espín; ambos ayudan a sistematizar los numerosos aportes de las etnografías políticas tanto para tocar campos nuevos (populismo, clientelismo) como para enfocar la comprensión de esos fenómenos desde otras perspectivas (vivencia popular de la política, procesos de innovación democrática, entre otros muchos) que aportan comprensiones de mayor profundidad hacia fenómenos que difícilmente se podrían comprender desde métodos más tradicionales. Otro campo que la ha acogido ampliamente es el pedagógico - educativo permitiendo descripciones y comprensiones complejas de las dinámicas de los centros y procesos educativos (Velasco y Díaz de Rada, 2015), de las relaciones entre estudiantes con situaciones de estigmatización (Olmos, 2015), de la innovación pedagógica (Rockwell, 2009) o aplicado a casos de niños y niñas indígenas (Padawer, 2012). Con claridad la etnografía, periférica durante muchas décadas fue en tiempos recientes acogida desde disciplinas concomitantes con la ciencia social para terminar arraigando con renovada vitalidad en el campo de las ciencias humanas en general. La propia caída de los metarelatos hacia finales del siglo XX, hicieron volver a lo contextual, local, diverso; se dudó de leyes socioculturales generales-universales de las cuales por lo general había dudado la antropología, para pensar especialmente en los microprocesos (Velasco y Díaz de Rada, 2015) que la etnografía había demostrado poder captar como ningún otro método.

Por otra parte, resulta muy significativo como a partir de una adopción más generalizada desde algunas otras disciplinas y corrientes de pensamiento, la diversificación que ha vivido de campos temáticos específicos abordados. Desde etnografías del campo empresarial en temas como la responsabilidad social empresarial (Peña, 2008) o las empresas familiares (López, 2003); el ámbito carcelario (Núñez, 2006); la condición fronteriza (Aedo, 2020), procesos sociales de apertura de fosas comunes en marcos posbélicos (Ferrándiz, 2011), de lo institucional transnacional (Abélès, 2008) hasta de medios de comunicación desde diferentes ópticas dan muestra de un amplísimo abanico investigado a través de ella. Un campo en absoluto nuevo para la etnografía pero que sí ha sido tratado de formas muy innovadora desde etnografías recientes, es el relacionado con los pueblos indígenas; algunos ejemplos recientes como etnografía *de la diplomacia de pueblos indígenas* (Urbieta, 2019), *del empoderamiento* (Martínez y Camas, 2016) son ejemplo de las denominadas etnografías nativas (Keith, 2013).

Ante la centralidad adquirida por la tecnología en un marco de globalización comunicacional que determinan una dimensión del ser humano actual cada vez más sociotécnica, la etnografía también ha vivido transformaciones e innovaciones significativas. Desde el aspecto relacionado con su vinculación a los medios técnicos que se han innovado se aprecia, más allá de otros, el importante impacto de dos campos en particular; son la etnografía del ciberespacio, virtuales o digitales vinculadas a análisis desde las redes que las nuevas tecnologías ofrecen, así como la etnografía visual. Ardévol et al. (2008) se referirán a la mediación tecnológica (internet, diarios digitales, computación, videos, fotografía o videojuegos) en la práctica etnográfica abordando cómo influyen e interactúan en la sociedad actual. Anteriormente Ardévol (1998)



reivindicará desde su *etnografía de la imagen o/y virtual* el uso democrático que sirve como puente comunicativo de las diversas percepciones que ésta permite para los sujetos, muchas veces subalternos, protagonistas de los territorios donde se investiga. En el mismo ámbito la etnografía sobre internet ha tratado el campo que las nuevas tecnologías, las redes sociales o comunidades virtuales (Angrosino, 2012) han pasado a jugar en la actualidad. Hine (2004) se referirá a la etnografía conectiva a través de trabajar el mundo de internet proponiendo una etnografía *en, de y a través* de lo virtual. Serán relevantes las adaptaciones metodológicas que proponen para una etnografía que ya no practicaría un trabajo de campo de los lugares, ni de los objetos, ni sujetos, sino un campo de relaciones en internet convertido en un lugar de densa interacción, así como de múltiples órdenes temporales y espaciales (Welschinger, 2012). En directa relación Ruiz Torres acotará el concepto de ciberetnografía.

Las etnografías contemporáneas y su relación con la crítica, la política, la acción y la colaboración

En ese contexto de proliferación y diversificación de la práctica etnográfica en las últimas décadas, se observa como el aspecto de su vinculación con lo político ha sido un tema latente y de constante debate interno. De él derivan una serie de expresiones de la etnografía en directa vinculación con su sentido político, a través de su conexión con lo subalterno, la participación, la acción, el activismo, la colaboración, el compromiso, la relación investigador-investigado, la investigación militante, entre otras, como temas debatidos tanto al interior de la academia y la ciencia social, como hacia afuera en su vinculación con las comunidades y el mundo donde opera.

En los 60 encontramos explícitamente la propuesta de la etnografía crítica que surgía especialmente desde el debate con las premisas positivistas dominantes al interior de la ciencia social presuntamente objetiva que señalaba produciría etnografías libres de valores (Foley y Valenzuela, 2012). Etnógrafos críticos cuestionarán también la presunta neutralidad para acercarse a sociedades marcadas por los conflictos de clases, raza y sexo ante el que ningún productor de conocimiento era ni inocente ni políticamente neutral (2012: 81). Producto de estos debates se propondrán nuevos procedimientos metodológicos de colaboración como: descentrar al autor, construcción de textos polifónicos, prácticas de deconstrucción del conocimiento, entrevistas dialógicas o revisión de los textos por parte de la comunidad.

Y es que tal cual nos recuerda Olmos (2015), uno de los campos de mayor desacuerdo al interior de la etnografía contemporánea es aquel respecto a su implicación política. Así, encontramos en su interior desde posturas que abogan más por su neutralidad investigativa hasta aquellas que reivindican su posicionamiento mediante diversos grados y tipos de compromiso ante las problemáticas y sujetos que estudia. Olmos refleja esa disyuntiva ampliamente tratada en el seno del abordaje metodológico en ciencias social; tras su reflexión sobre el tratamiento de la alteridad hacia estudiantes inmigrantes en contextos educativos deja planteada la duda de *hasta qué punto los investigadores/as en el quehacer científico, pueden estar obviando o relegando a un segundo plano la implicación práctica para resolver –y explicar– los problemas sociales sobre los que trabajan* (Olmos, 2015: 124). Etnógrafos vigentes como Auyero y Swistun destacarán de sus etnografías políticas o sobre situaciones de marginalidad, sufrimiento y/o violencia social, su capacidad de denunciar (2007), reivindicar, de reconocimiento para sus sujetos



(Auyero y Benzecry, 2016) o de tener que tomar partido (Auyero y Berti, 2013) como aportes desde lo político que la etnografía implicaría en la actualidad. Asimismo, autoras como Katzer (2019) señalarán un pensamiento y trabajo etnográfico que enfatice su dimensión subjetiva, comunitaria y política (también en lo decolonial) y que, por ello, se vincularía a trabajar acerca de una política de la vida. La etnografía como método principal de antropología como disciplina comprometida con el mundo en que vive, tendría la responsabilidad de no contribuir a legitimar las desigualdades, aunque no tenga poder para cambiar las cosas (2019: 13).

Ese ámbito del posicionamiento político de la etnografía contemporánea entronca con un campo específico, cual es el de la participación donde especialmente se planteaba el papel de la relación con los investigados y esa potencialidad de democratización que podría traer consigo. Una sistematización de prácticas etnográficas señala desde cuándo y con qué connotaciones fueron surgiendo desde la antropología visiones críticas y en particular, aquellas vinculadas a lo participativo. Se habló de Antropología Acción desde finales de los años 40 en una reserva indígena de EUA que, autoras como Casas, señalan como una proto-IAP (2008: 167). Ya en ellas explícitamente se mencionan como *etnografías participativas* en que personas indígenas de las comunidades eran situadas como co-investigadoras. Continuando en EUA, ya a principios del siglo XXI hallamos expresiones de *etnografías disidentes* mediante corrientes como la Antropología feminista o aquella Antropología negra por la justicia social (Casas, 2008). Asimismo, desde América Latina, autores como Martínez y Camas (2016) se referirán a *etnografías de empoderamiento* respecto a prácticas audiovisuales centradas en producir documentales etnográficos con pueblos originarios desde la investigación participativa, en la que denominan como *etnografía investigación participativa*.

En la diversificación de su práctica y de vínculo con una incidencia más política de ellas, desde visiones críticas se problematizará sobre diversos aspectos que se consideraba se debían revisar. La relación asimétrica y de poder entre investigador e investigado, la relación de la investigación con la acción, el papel de colaboración o de si podía entroncarse con el activismo, serán debatidas y revisadas en diferente medida. Entre otros, los nuevos giros buscaban *“una alternativa necesaria para superar la falta de incidencia de la etnografía convencional en la transformación de las condiciones de vida de los «dueños del problema»* (Berraquero et al., 2016: 54). Ya en el siglo XXI en escenarios europeos y/o latinoamericanos, se desarrollarán denominaciones y prácticas como *etnografías participativas* y *etnografías colaborativas* (Berraquero et al., 2016).

La etnografía ha vivido pues un profundo proceso de experimentación y diversificación, entre los cuales emerge el de su vínculo con la participación y la acción.

Debates contemporáneos sobre el método etnográfico

Desde un punto de análisis metodológico-técnico la etnografía aparecerá estrictamente vinculada a dos elementos fundamentales: el trabajo de campo y la observación participante que sitúa los ámbitos centrales de la observación y la conversación como sus prácticas clave. Planteados desde una profunda correlación e interconexión entre ambos se configuran como las lógicas para dar cuenta de esas descripciones / interpretaciones densas que la caracterizan.

Resulta muy ilustrativo el origen y planteamiento inicial del trabajo de campo para comprender su alcance. En abierto debate y contraste con el evolucionismo comparativista eurocéntrico predominante, a finales del XIX antropólogos como Boas,



propondrán y pondrán en práctica una investigación basada en la rigurosidad de los datos empíricos con consideración de la particularidad de rasgos de cada cultura, que demandaba la presencia del investigador en el campo, como la necesidad de no sacar rasgos fuera de contexto (Ameigeiras, 2006: 111). En ese planteamiento inicial ya estaban para la etnografía las semillas de lo empírico, lo particular, la contextual, lo dialógico y cualitativo, lo no comparativo solo asumibles desde la presencia continuada en el terreno en interacción con los investigados. Así, el campo fue concebido y se desarrolló como el espacio donde se construye el conocimiento etnográfico como localmente situado y resultado de una interacción entre individuos y culturas.

Por tanto, su vinculación con los cualitativo, discursivo, dialógico aparece servida desde su inicio y de hecho serviría de constatación directa para los debates metodológicos de la ciencia social de que ésta requería métodos específicos y propios, en que esa dimensión discursiva era absolutamente central por mucho que otro tipo de disciplinas no lo requirieran. El objetivo antropológico y etnográfico del reconocimiento del otro en su diferencia ponía de relevancia el diálogo como la forma que lo hacía posible (Ameigeiras, 2006) lo que la etnografía recogerá además desde la diferenciación emic/etic entre la visión interna de los investigados y la del investigador. El posterior desarrollo de lo cualitativo vinculándolo además a su sentido práctico (Bourdieu, 2008) lo hará trascender del decir al hacer para precisar lo discursivo como acciones o prácticas sociales que construyen realidad. De forma privilegiada la etnografía podía atender a esos haceres de lo discursivo en las relaciones sociales, y aportar a cómo ello ayudaba a la construcción de sentido en la vida y acción social.

No obstante, la señalada evolución de la etnografía asociada a los profundos cambios macrosociales durante el siglo XX y XXI traerán debates acerca del trabajo de campo. Podemos sintetizarla como una tensión entre su reducción y su necesidad de expansión. La reducción práctica de las distancias ya no exigía largas estancias y por otra parte, la pérdida de esa densidad, traducida ahora en estancias mucho más puntuales y, por tanto, necesariamente más descontextualizadas, amenazaban la riqueza de sus resultados. Es el momento en que aflora la señalada etnografía multisituada en un contexto en que *las culturas y las poblaciones establecidas se han fragmentado y vuelto móviles y transnacionales, así como también más cosmopolitas a nivel local (o al menos más invadidas o intervenidas), el trabajo de campo ha tenido simplemente que seguir literalmente, cuando pudo, estos procesos en el espacio* (Holmes y Marcus, 2013: 374). Ello ha multiplicado los espacios de trabajo modificando las prácticas anteriores del trabajo de campo con una única ubicación. El reto resultante pasa por cómo evitar que pierda su densidad y contextualidad, pero a la vez sumándolo a varios escenarios que resultan explicativos de la problemática, en ocasiones, en distintas escalas.

Metodológicamente el tratamiento de la participación está presente en la etnografía a través de la observación participante. Corresponde a la acepción de la participación asociada a estar presente en el campo. Esa observación históricamente utilizada por el etnógrafo y con diferentes tipos o grados de participación/implicación (pasiva, moderada, activa, completa) ha tenido relevancia fundamental confirmando ese carácter profundamente intersubjetivo de la etnografía. Unas técnicas de observación fundamentales para la etnografía caracterizadas por no ser intrusivas y estar basadas en la participación. Sin embargo, como señalan Velasco y Díaz de Rada esa idea blanda de participación vinculada a la observación no excluye radicalmente la posibilidad de que el



etnógrafo contribuya significativamente a la transformación del contexto que investiga (2015:103). De ahí algunas de las experimentaciones que hemos mencionado anteriormente en que la etnografía y lo participativo ha sido articulado para potenciar las cualidades de ambas propuestas.

Esa conjunción entre una observación más o menos participante que procesa las actuaciones en el espacio sumado a la múltiple información generada por los sujetos en el campo, permite a través de la etnografía como ningún otro método, condensar los decires y haceres que resulten explicativos de un espacio social. Como sintetiza Gobo (citado en García Espín, 2017) los datos etnográficos ilustran una diversidad muy amplia de situaciones y contenidos de la realidad social cuales son:

- Las interacciones sociales cotidianas y sus impactos en las estructuras macro-sociales.
- Los escenarios de la vida cotidiana y el desarrollo cotidiano de los procesos.
- Las redes de significados y los discursos que asumen los actores implicados.
- Las prácticas y los comportamientos.
- Las visiones y experiencias desde dentro de los procesos.
- Los procesos de acción colectiva y de construcción identitaria (en García-Espín, 2017)

La recogida múltiple de percepciones, interacciones entre los sujetos y de éstos con su entorno de una forma extendida en el tiempo y abordado con diferentes técnicas que permitan aprehender diversos planos de una realidad social en movimiento, será posibilitado especialmente por etnografías contemporáneas experimentales que, por lo demás, ya no se detienen necesariamente en lo investigativo.

3. Procesos participativos de investigación-acción

El nexa investigación-acción como debate constitutivo de la IAP-MPs

El vínculo entre los ámbitos genéricos de la investigación y la acción se pueden rastrear ya desde los orígenes de siglo pasado; Lewin en los 40 formalizará la denominación investigación-acción. Llegados a los años 70 entroncarán su vertiente de investigación acción crítica y emancipadora en EEUU e Inglaterra (Kemmis y McTaggart, 2013) con la investigación acción participativa (IAP) mediante la propuesta de Fals Borda desde América Latina, las cuales se planteaban como lema *investigar la realidad para transformarla* (Fals Borda, citado en Herrera y López, 2012: 295). De esta rama participativa surgen diversas denominaciones según zonas o países que, según el propio Fals Borda guardarán amplia sintonía, aunque destacará por su expansión la IAP que, señalaba en 2006, se practicaba y/o enseñaba en más de 2.500 universidades de 61 países del mundo u organizaciones globales como la OIT (2006). Por tanto, destaca su rápida proliferación, además en múltiples campos de la práctica social, aunque ello también significara una controversia en su interior respecto a los usos que se le dieron y el grado de cumplimiento de sus premisas iniciales. Décadas después de su origen y más allá de su premisa de oponerse a los metarelatos liberal y desarrollista (2012: 265), Fals Borda reconocía con contradicción que para entonces la IAP habría sido utilizada para políticas tanto revolucionarias como desarrollistas.

Esa simple relación directa entre investigación y acción significará desde su origen una ruptura epistemológica y metodológica con las premisas positivistas que se habían instalado también en la investigación social. Hasta el día de hoy desde el prisma científico tradicional resulta compleja esta vinculación: que investigación y generación de conocimientos se puedan orientar a procesos socialmente activos de los afectados que



intenten la transformación de la situación inicial, interpela directamente esas nociones asociadas a verdad, ausencia de interés y voluntad en la práctica científica, distanciamiento del objeto de estudio, especialización investigativa y neutralidad que los postulados positivistas habían sostenido como procedimiento correcto.

El binomio investigar-actuar viene a responder a la cuestión del sentido del conocimiento. Opuestos a la idea de ausencia de voluntad e interés en los sujetos que investigan y actúan en el ámbito social, así como que el uso de la información obtenida deba ser para orientar/dirigir/controlar a los investigados, y cercanos a aquel precepto de que en la ciencia también deben operar el bien o la justicia (Santos, 2009), desde la IAP-MPs se manifiesta que el sentido real de esa investigación debe ser la mejora de la realidad social que se analiza e interviene.

Claramente vinculada a la teoría crítica en ciencias sociales, así como a la perspectiva dialéctica dentro de la investigación social, la IAP-MPs cuestionarán la visión única y objetivista del quehacer científico buscando mostrar la directa relación entre ese objetivismo, el monopolio del saber y el control social (Gassino y Scribano, 2008:182). Una realidad vista ahora más como construcción social y no como objetiva, determinaba que, tal cual en las tesis cualitativas del decir también como hacer, el conocer o investigar y el actuar sobre esa misma realidad dejaran de plantearse de forma dissociada. De ahí que metas como investigar sobre los problemas de los afectados, formular interpretación y análisis sobre su situación, y elaborar planes para resolverlos (Francés et al., 2015: 57) se englobaran perfectamente en la misma propuesta. En ese sentido Fals Borda la anunciaba como una metodología vivencial que suma su procedimiento metodológico, su capacidad pedagógica de enseñanza y su acción política como parte de un todo.

En el marco de las tres perspectivas existentes en la investigación social (distributiva, estructural y dialéctica) la última enfatiza su atención no tanto en la descripción ni explicación de esa realidad que asumen las dos primeras, sino en su transformación. Tal cual teoría y práctica constituyen dos partes indisolubles de la investigación científica y social, nada impide en la actualidad en que se ha reconstruido el vínculo, que investigar pueda ir perfectamente asociado a intervenir en la mejora de la realidad investigada. Y es que, como señala Francés et al., *el conocimiento adquirido a través de la investigación social solo toma verdadero sentido en la medida que llega a ser utilizado por la población para su propia mejora, lo cual en definitiva debería ser el objetivo último del desarrollo científico* (2015: 33). Si la investigación se ha orientado hacia la generación de información y conocimiento, la participación le añade el componente de la acción, asociada a movilización y decisión en el intento de proyectar cambiar la realidad que se trata y habita.

Ese vínculo desemboca en la praxis como concepto que yendo más allá de la práctica aglutinaba toda una serie de orientaciones innovadoras críticas vinculadas a la acción social. De prexeología tratarán F. Borda y Rahman para un concepto de praxis que incorporaba a la teoría sumando elementos objetivos y subjetivos, de compromiso, de reflexión, de crítica y de autocrítica. Ante un mundo que asiste a sociedades y sistemas cada vez más complejos, deconstruirá esa visión positivista aportándole los componentes de complejidad e incertidumbre que caracterizan a todo sistema, y en mucho mayor medida a los sociales como directamente hipercomplejos: dinámicos, interinfluentes, cambiantes, performativos e innovadores.



La centralidad que se otorgó ya desde la metodología cualitativa al sujeto aparece reforzada en la IAP- MPs. Ante individuos y grupos que manejan sus conocimientos y voluntades en procesos democráticos de reflexión para la construcción de actuaciones de mejora, no quedan dudas que el sujeto deja de ser visto como objeto de estudio para incorporar sus capacidades de reflexión y organización colectiva. Desde la visión crítica la IAP-MPs asumirá la relación sujeto-sujeto como premisa a alcanzar en un marco de redefinir el poder y tareas del investigador a la vez que la de las personas con quienes se trabajen los procesos participativos. Contrariamente al objeto cosificado, el sujeto actúa, tiene voluntad, capacidad de reflexión y organización, y desde ese punto se contempla la idea de su participación en un sentido pleno. Ello porque, como señala Santos reflexionando acerca de la IAP, el objetivo de investigación no es crear conocimiento unilateralmente a través de la polarización sujeto/objeto, sino más bien multiplicar los sujetos de conocimiento (2019: 358). Ello porque como afirma Ghiso las comunidades no son objetos de estudio, sino sujetos portadores de conocimientos (2006: 373)

En esa última idea aparece otro de los componentes epistemológicos básicos con los que nace la IAP en torno a las cuestiones básicas de para qué y para quién del conocimiento a construir. Resulta evidente como en la investigación social tradicional la información generada queda concentrada y monopolizada en manos de los expertos (Francés et al., 2015: 59). Como premisa se rompía con la lógica de investigar para instituciones de poder que tenían ese monopolio de conocimiento, para pasar a hacerlo para y con los/as afectados/as vistos como sujetos protagonistas.

La revalorización del sujeto para la investigación social implicaba desde la IAP recuperarlo en su plenitud y complejidad de capacidades y acciones. Los sujetos de autores como Fals Borda (2012) eran especialmente campesinos y otros en situaciones de clara desigualdad. De este tipo de escenarios y de un planteamiento que quería intervenir sobre las asimetrías reinantes, la IAP también ampliará los saberes mediante el reconocimiento del saber popular; conector del monopolio del conocimiento ejercido por la academia y la ciencia cada vez más al servicio de grandes instituciones y corporaciones, lograr reconocer y poner en valor esos otros saberes, se convertirá en otra premisa central.

Un sujeto reconocido y desobjetivado que para la IAP-MPs tomará sentido en la reflexión-acción, pero, además necesariamente en lo colectivo como otro de sus componentes centrales. Más allá del amplio e inacabado debate sobre el sujeto colectivo, estas metodologías participativas visualizan un colectivo internamente diverso, diferenciado, a veces incoherente y contradictorio; penetrar en su cohesión o fragmentación, en sus relaciones múltiples y cambiantes, en la centralidad de los conflictos, en sus identidades e identificaciones lo plantea como sujeto colectivo complejo. El análisis reflexivo que propone para sus procesos participativos buscará la generación de conocimiento y autoconocimiento necesariamente desde la construcción colectiva.

Por lo demás, como acotan Kemmis y McTaggart un sujeto colectivo moderno que no se mueve solo en el mundo de la vida (reproducción y transformación social y cultural, la formación y la transformación de identidades y capacidades individuales) sino también en el de sistemas institucionales como medios de control (2013: 42). Es real que los procesos participativos otorgarán centralidad a la creación de espacios instituyentes en su relación conflictiva con lo instituido, pero en su preocupación por las estructuras, no



perderá la perspectiva de vincular cómo ellas determinan ese mundo de la vida; la búsqueda de transformación acercará necesariamente los procesos también al análisis de las estructuras y sistemas de poder.

Todas las premisas señaladas sitúan al investigador en un rol diferente del tradicional. El protagonismo que adquiere el sujeto colectivo con capacidad reflexiva de conocimiento, análisis y acción, libera al investigador/a de esa atribución de ser la única figura pensante y directiva del proceso. De los especialistas que estudian a *otros*, se plantea la flexibilización de su figura para quitarle poder y romper la unidireccionalidad en busca de construir colectivamente un proceso social de cambio. Ciudadanos diversos desde sus múltiples vivencias y capacidades asumirán tareas principales del proceso, partiendo por la definición de las problemáticas a tratar. Lejanos a problemas creados desde la academia, los temas a tratar serán aquellos que preocupan como necesidades a la comunidad en esa búsqueda de mejoras que encarnan deseos y proyecciones. En ese cambio, investigador/a ha pasado a ser una figura catalizadora del proceso investigativo-activo. Ello lo sitúa en labores múltiples como problematizador/a, facilitador/a, sistematizador/a, dinamizador/a, promotor/a de la deliberación y democratización de los procedimientos, coordinador/a del proceso y la información en diferente forma y medida. La construcción positivista del investigador/a como experto/a debido a su titulación formal y reconocimiento socio-institucional, aparece cuestionada y, en la medida que desconoce vivencialmente los territorios que investiga, su experticia será solo temática, teórica y/o metodológica para compartir con los expertos que protagonizarán las relaciones en el territorio; corresponde a la útil y democratizadora diferenciación entre expertos temáticos y convivenciales (Villasante, 2006:307).

En coherencia con lo anterior, pero a diferencia de la primera IAP de los años 70, el investigador/a participativo actual abandona el papel de ser figura de vanguardia (Kemmis y McTaggart, 2013: 424), (Santos, 2019). La posición de la IAP-MPs de reconocimiento de los diferentes saberes, entre ellos el popular, de enfatizar la capacidad de acción y búsqueda de medidas de mejora desde los afectados, rebaja el perfil del investigador hacia un aporte horizontal en gran medida equivalente al de otros participantes.

Lo discursivo y comunicativo cobraba así la relevancia explicativa que también la IAP-MPs recogerá y potenciará en sus procesos trabajando en profundidad las interacciones cotidianas. De aquella constatación de que el lenguaje decía y hacía a la vez, la investigación participativa recogerá, junto a la parte simbólica del lenguaje que hace referencia a lo estructural de la sociedad desde la percepción subjetiva e intersubjetiva de los sujetos que cobra relevancia en los significados, también aquella dimensión pragmática del lenguaje vinculada a su capacidad de vehicular la acción o la movilización social. Así aunque las MPs buscarán captar desde las diversas dimensiones de la realidad tratada, abundarán en lo discursivo tanto por lo que connota de esa realidad como por cómo los sujetos lo utilizan para intervenir en ella.

Ello pasa por visualizar y conformar las redes existentes que aparecen en los espacios sociales y la esfera pública. Como acota Martí, la IAP se puede entender como una metodología que debe permitir a los agentes "recrear las redes sociales": transformarlas desde la (auto)reflexión sobre las estructuras existentes (2005:5). Ante la centralidad que se le otorga a las relaciones sociales para la comprensión social, las redes reflejarán esos entramados de interacciones que la IAP-MPs pretende conocer, intervenir y recrear



desde la reflexión de sus actores; señalado por Villasante, este aspecto correspondería a detectar, analizar e intentar modificar las relaciones existentes entre los sujetos mucho más que a éstos mismos o sus ideologías (2014:130). Se persigue averiguar cómo se articulan las relaciones sociales en el medio instituido para, a partir de una dialéctica instituyente orientada por los deseos y necesidades de los sujetos, alcanzar transformaciones sociales (Francés et al., 2015: 44).

Assumiendo que se actúa sobre ámbitos del mundo de la vida y la esfera pública, trabajar con y en las redes ofrece desafíos significativos. Por definición ellas son dinámicas y mutables, así como complejos sus sujetos que suelen mostrar comportamientos múltiples no predecibles; ello además de asumir conscientemente la diversidad interna de los grupos y entramados locales en lo que constituye la superación de visiones homogeneizantes de lo micro. Por tanto, este tipo de procesos participativos se plantean incidir sobre esas redes de sujetos respecto a aspectos como reactivar la red, incluida la incorporación de nuevos actores vinculados al contexto analizado, promoviendo la reflexión crítica, autocrítica y propositiva mediante mecanismos deliberativos y democráticos.

Un énfasis central de este aspecto lo da la búsqueda democrática de ese proceso. No basta que éste sea informativamente riguroso y completo, ni siquiera que esté planificadamente organizado si no cumple que se dé el trabajo pedagógico de ser construido colectivamente. Tal cual se trata de relevar mediante información múltiple y respectiva reflexión a un proceso colectivo, éste debe necesariamente guiarse por la búsqueda de formas de hacer democráticas, tanto de generar y tratar la información, como de organizar las actuaciones resultantes.

Se aprecia pues el esfuerzo de la IAP-MPs por comprender y tratar el ámbito social y cotidiano con el mundo de la vida como su centro como lógicas más lejanas al predominio de la racionalidad instrumental. En ese sentido como destacan Kemmis y McTaggart pretende ser un antídoto para reducir la reserva de irracionalidad, injusticia, desigualdad, insatisfacción y formas improductivas que predomina en las formas sistémicas de hacer las cosas en el mundo actual; incluso ante los marcos en expansión de hiperracionalidad y la tecnologización apunta a que las personas sepan qué están haciendo y les facilite hacer lo que creen que es correcto (2013: 430). Ello a su vez conecta con su faceta de haberse mantenido en práctica por los movimientos sociales como encarnación de luchas sociales por la mejora de un mundo cada vez más racionalizado bajo las lógicas de los sistemas de dominación hegemónicos. Esa conexión sitúa a la IAP-MPs como articuladora de la ciencia y el saber popular como otra de sus características. Fals Borda lo expresa como apuestas por estimular el conocimiento popular mediante fortalecer articuladamente el sentido común y la sabiduría popular (Herrera y López, 2012: 262), así como centralizar ese conocimiento para producir convergencias entre el conocimiento popular y el saber académico (Herrera y López, 2012: 269). O señalado por Villasante como objetivo de estas metodologías: aprender desde los movimientos sociales, la potencialidad y la creatividad en lo popular, sin abandonar la ciencia crítica (2006: 399).

Debates sobre lo político en la IAP-MPs

El devenir de la IAP entre sus orígenes latinoamericanos y su actualidad marca variaciones respecto a su concepción y uso de lo político. Resulta claro cómo nace con un objetivo político declarado en el sentido de ser útil a sectores subalternos, aportando



conocimiento para procesos emancipatorios, asumiendo la condición activista y militante de los actores involucrados en procesos de este tipo Francés et al., 2015). La propia idea medular de investigar vinculado a la acción daba centralidad a una visión política posicionada hacia cambios de los sectores que en mayor medida padecían condiciones impuestas por diversos sistemas de dominación. Fals Borda señala: ... *las relaciones desiguales de producción de conocimiento vienen a ser un factor crítico que perpetúa la dominación de una elite o clase sobre los pueblos. (...) Todo ello con el fin de que (la IAP) sirva de base principal de una acción popular para el cambio social y para un progreso genuino en el secular empeño de realizar la igualdad y la democracia* (en Herrera y López. 2012: 262).

Sin embargo, como aclaran Francés et al., desde otros acercamientos posteriores la IAP *es y ha sido considerada como una opción de conocimiento investigador capaz de generar nuevas teorías y metodología en el acervo de las ciencias sociales, primando la elección de este enfoque por su potencialidad diferencial para afrontar el análisis complejo de la realidad social* (2015; 56). Descontextualizado en tiempo y espacio de sus orígenes mediante múltiples experimentaciones, ha vivido modificaciones que han extraído principalmente su esencia metodológica difuminando en ocasiones sus fundamentos epistemológicos. Asimismo, su promoción desde la academia en su disputa interna por posicionarla como una metodología de investigación innovadora que cuestiona los parámetros más positivistas todavía dominantes, habría marcado sin embargo, una acentuación de su faceta investigativa y descuido de la parte más movilizadora que atentaba contra el vínculo indivisible planteado originalmente entre investigación y acción.

Estos dos posicionamientos sobre su uso marcan hasta la actualidad un denso debate de múltiple experimentación y compleja solución que parece centrarse nuevamente en el nudo del vínculo entre investigación y acción.

En tiempos recientes se aprecia un malestar respecto a ciertos usos de la IAP-MPs aduciéndose prácticas de *tecnocratización*, apolitización, instrumentalización, entre otras. Así, Berraquero et al., se refieren a intentos de *superar la deriva tecnocrática que reduce la IAP a la utilización de técnicas, tecnologías o procedimientos considerados participativos* (2016; 50) mientras Villasante (2019) analiza fracasos, trampas y retos actuales respecto a la implementación de procesos participativos mediante IAP-MPs. Por otra parte, Santandreu (2019) denomina como IAP indolente aquella que marcada por el *proyectorcentrismo* (Santandreu y Batancourt, 2017) desvincula las intervenciones de los procesos de los colectivos sociales protagonistas; la búsqueda de subvención que a su vez impone pautas de razonamiento como el *marco lógico*, amenaza su componente histórico de subversión.

Los distintos debates se centran tanto en los agentes e instituciones que hacen uso de la IAP-MPs cuales son las ONGs o instituciones públicas, como en su uso exclusivamente técnico desvinculado de su epistemología original y que atentaría contra la real posibilidad de promover acción transformadora. Desde ahí se plantea la cuestión fundamental de si se puede hablar de IAP si finalmente se enfatiza la parte investigativa y no aparece la acción. Su utilización en y por la academia ha merecido tratamiento específico precisamente por darle en muchas ocasiones un uso técnico no mayormente secundado por procesos de acción. Asimismo, se plantea el debate sobre los sujetos de la acción que en la medida que no se logren cambios reales de la situación, pudieran ser



instrumentalizados por procesos que generan expectativas en ellos pero cuyos resultados, aunque útiles para los investigadores, no tendrían traducción en sus condiciones cotidianas.

Otra reflexión necesaria sobre los procesos que la IAP-MPs promueve corresponde a que en la profundización de su experimentación también ha encontrado obstáculos que remiten a la dificultad de lograr cambios debido al importante arraigo de las estructuras y relaciones de poder en los sujetos, la conflictividad de intereses o el sostenimiento de la dinámica organizativa, entre otros, que habían sido minimizadas en sus planteamientos vanguardistas originales. Se ha comprobado en la práctica que promover la movilización, organización, programación colectiva participadamente construida no resulta en absoluto tarea fácil, sobre todo por la dependencia de una coordinación social compleja y sostenida en un marco de estructuras no sencillas de modificar por su arraigo en el imaginario colectivo.

El taller participativo como práctica de construcción colectiva

Desde su expresión técnica la IAP-MPs traducirá su epistemología mediante un método múltiple, integrador entre los que podemos identificar elementos etnográficos y que, evidentemente, conjugue investigación y acción. El taller participativo constituye su meta-técnica principal, clara expresión de esa lógica.

En los procesos de cambio que se exigen ante los malestares que los modelos globales presentes ofrecen traducidos en lo local, hablar del método resulta tan relevante como los propios objetivos temáticos y valóricos. Cómo construyamos ese conocimiento, cómo lo vinculemos a la acción es un sentido en sí mismo; que éste sea pedagógico, deje aprendizajes para todos los que intervengan en él y que permita la redefinición de visiones y relaciones es, en el fondo, la clave de un andar que permita la reconstrucción de realidades que se desean cambiar. El énfasis de la IAP-MPs en las formas democráticas y reflexivas le permitirá abordar cualquier problemática/temática social que cuente con sus actores para emprender un trabajo de modificación de ésta.

Una primera traducción de su epistemología lo encontramos en su carácter múltiple y plural respecto a las técnicas. Como señala Martí las MPs no renuncian a los métodos y técnicas tradicionalmente usados en ciencias sociales sino que los integra conjuntamente con otras más específicamente orientadas a momentos de dinamización y participación (2005: 6). Captar la complejidad de un escenario social las lleva a indagar en los distintos planos de él: las dimensiones descriptivas (cuantitativas), discursivas (cualitativas) y movilizadoras (participativas) de la realidad social aunque su foco se sitúa en lo discursivo-participativo.

El planteamiento de orientar la investigación o generación de conocimientos hacia un proceso de acción-participación encuentra su sentido solamente, en marcos sociales colectivos de trabajo común. El taller participativo condensa, en términos metodológicos, ese momento de encuentro de diferentes posturas y percepciones abocados hacia una reflexión común. Podemos sintetizar que estas reuniones de trabajo en que se convoca de forma plural con objetivos claros y roles de facilitadores que lo permitan, tiene en sí unas características relevantes como ejercicio democrático de debate y deliberación social. Por una parte, con su carácter evidentemente político hacia la toma de decisiones sobre ámbitos públicos, los talleres participativos tienen una dimensión transformadora hacia fuera, más allá de los que asistan, en la medida que se toman decisiones que trascienden a sus sujetos y tiempo presente (Martí, 2005: 13). No obstante, conviene



aclarar que su pretensión de ser participativos no significa que necesariamente garanticen por sí mismos la participación; ello dependerá de cómo se convoque, realice, de sus grados de transparencia, deliberación, de las formas para la toma de decisiones, etc. Por otra, en estos talleres puede alcanzar gran relevancia su componente pedagógico de aprendizajes mutuos en la medida que desarrolla procesos colectivos de discusión y reflexión, colectiviza el conocimiento individual para enriquecerlo y potenciarlo, así como permite participar de forma transparente en la construcción colectiva del conocimiento (Ganuzá et al., 2011: 70).

Al interior del taller participativo, según los objetivos y momentos del proceso, utilizaremos múltiples técnicas que en algunos casos podemos crear directamente para la situación y contexto. Talleres orientados a objetivos y momentos diversos de: diagnóstico, devolución, reflexión de los límites, definición de criterios, construcción de propuestas, programación, monitoreo, evaluación o seguimiento (Ganuzá et al., 2011) materializados mediante muy diversas técnicas como: sociogramas, escenarios de futuro, flujogramas, EASW, técnicas de priorización, votaciones ponderadas, etc., ofrecen prácticas múltiples para definir actuaciones, organizar las acciones y responsabilidades de manera transparente, reflexiva y democrática en la medida que se trabajen con roles claros y de forma rigurosa. Como devolución sistemática o *restitución* con fines comunicativos, el ejercicio de retornar a los sujetos la información elaborada para su posterior debate hacia la definición de la acción, con el objetivo de facilitar la apropiación social del conocimiento que constituye un objetivo central para la IAP-MPs.

4. Etnografías críticas de acción participativa

Una convergencia plena de potencialidades

El contexto de ampliación de paradigmas de comprensión de la realidad que por lo demás, han trascendido lo científico, han aportado a un contexto de experimentación y apertura que ha facilitado la convergencia entre la etnografía y la IAP-MPs como métodos de investigación y acción social. La complejidad, la incertidumbre como razón científica, el cuestionamiento de los metarelatos ha coincidido con aquel a las explicaciones universales, lo cual ha dado gran importancia a lo contextual localizado. De hecho, tal cual la etnografía en su proceso interno avanzó hacia la acción, la IAP-MPs crecieron con el sello de la densidad y holismo que la primera había señalado.

Lo investigativo como tal fue sometido a prueba desde la investigación-acción en su pregunta epistemológica de para qué y para quienes se investigaba. En ese sentido, esta confluencia de lo etnográfico y lo participativo, encontró en lo primero esa parte investigativa de recolección de información múltiple, y en la IAP-MPs el ingrediente de la acción para la búsqueda del cambio social. Con claridad la IAP y, aún más versiones posteriores como la sociopraxis, se inspiraron y recogieron de la etnografía elementos en torno a hacer campo, observar, participar, ver la integralidad, multiplicar las fuentes y claves de información, todo lo cual enriquecería profundamente su posibilidad de llevarlo hacia intentar modificar las problemáticas señaladas por sus actores.

En ese sentido el aporte sustancial de la etnografía se centrará en la reivindicación del trabajo de campo y la observación (más o menos participante) como dinámicas imprescindibles para la práctica de investigación y posterior intervención. Gracias al reconocimiento obtenido por los nuevos paradigmas la diversidad de fuentes, ahora mucho más amplia, ha permitido sumar planos de información en que cobran relevancia



aportes desde lo cartográfico, audiovisual, digital, y lo relacionado con nuevas tecnologías de información y comunicación que están transformando el mundo actual. En un contexto de proliferación de usos y campos de acción de ambos métodos, la presente propuesta de *etnografías críticas de acción participativa* apunta a la confluencia de aquellas etnografías contemporáneas de carácter crítico que mantiene el vínculo con las problemáticas de las mayorías sin voz e invisibilizadas en contextos afectados por los sistemas de dominación, y la denominada como IAP-MPs no tecnocrática (Berraquero et al., 2016) también afín a esas problemáticas desde motivaciones emancipatorias del orden social. Todo ello, desde el prisma de conformar un nosotros que apunta a los problemas comunes.

Del otro a la construcción del nosotros

Un ámbito decisivo que se modifica en el paso de la etnografía tradicional a la contemporánea y de esta a los enfoques de acción participativa, es claramente el sujeto. Las nuevas miradas actuales que incorporaron las propias sociedades occidentales, entre ellas especialmente las urbanas, supuso diluir esa focalización en los otros lejanos y extraños para orientarla en observar y analizar nuestras propias sociedades, "nuestros otros". Tratar a los subordinados, los pobres, los marginales, los inmigrantes, los sectores populares, mayorías o minorías diversas constituyó ese giro hacia la autoobservación de nuestros propios entramados socioculturales. El salto epistemológico vendrá de la mano de plantear como aspiración la relación sujeto-sujeto en la investigación social, abierta desde ciertos campos de los enfoques cualitativos. Pese a la dificultad de lograrlo, al menos planteaba una relación no instrumentalizada con quienes se investigaba, lo que abrirá una posibilidad de avance hacia un nosotros en que el investigador era incitado a abandonar su situación de control. De hecho, inauguraba un necesario debate acerca de la capacidad desde las ciencias sociales acerca de las implicaciones de dar voz a los sin voz y su legitimidad. Se iniciaba el camino hacia un investigador *ciudadano* que abandona la pura intelectualidad teórica habitualmente como experto extractivista y distante, para pasar como afectado e implicado a ocupar papeles más cercanos a facilitador metodológico o impulsor inicial de estos procesos.

Recogiendo la propuesta de Garcés (2013) de *dejarnos afectar* por la realidad precarizada para la gran mayoría de un mundo problemático que no controlamos y del cual no existen soluciones sencillas, este nuevo investigador fundamentalmente se implica desde sus capacidades en intentar cambiarla junto a otros. Tal cual identifica la autora, la problemática social central ya no se centra en la búsqueda de libertad en sí, si no en el desafío de vivir juntos, convivir en un mundo explotado, devastado y amenazado (2013: 146). Ello centra la acción en el mundo común que compartimos, en trabajarlo y gestionarlo de formas diferentes a las históricas propuestas hegemónicas; un ámbito común, que sin embargo, no es necesariamente la comunidad que, además de habitualmente imaginada, muchas veces reproduce exclusiones históricas. Se trata pues de la construcción de un nosotros anónimo en el que puede haber cualquiera o, más bien, todos; un nosotros que no necesita ni confía en las identidades, en la medida que identifica que su exacerbación desde la diferencia es uno de los principales obstáculos para avanzar hacia el/lo procomún; más que ellas, la dignidad común se convierte en el móvil en búsqueda. En ese sentido la ECPA se suma y focaliza como propuesta metodológica hacia procesos diversos para posibilitar la construcción de procomunes.



Para esa conformación de un nosotros vivencial cargado de potencialidad de cambio, cobra especial relevancia la idea de compromiso y co-implicación común. Garcés es contundente cuando señala: *hoy no se trata de cómo hacer participar (al espectador, al ciudadano, al niño...) sino de cómo implicarnos* (112). Desde la epistemología de la IAP-MPS se señalaba la idea del compromiso de los propios afectados en el análisis y búsqueda de acciones de mejora, a lo que se suma la idea de que quienes conservan roles de investigador, se impliquen también al identificarse como afectados aportando a promover procesos sociales de cambio.

En términos técnico-metodológicos ese avance hacia la construcción de un nosotros en los distintos procesos puede entroncarse con la propuesta de Valenzuela (2020) de trabajar la que denomina como *condición emtic*. Comprobando que en los híbridos y globalizados contextos actuales se difumina el adentro y el afuera del proceso investigativo lo que desfigura la división emic-etic, lo emtic vendría a sintetizar esas visiones de hablar desde dentro de situaciones en que se funde la mirada como afectados y como analistas que buscan resoluciones prácticas a las problemáticas que viven; el conocimiento legitimado y los saberes desvalorizados conviviendo como pautas para un saber-hacer distinto.

Para qué y cómo

En términos epistemológicos la propuesta se construye desde distintos principios y componentes. Partiendo desde la clave de la ampliación y complejización de la comprensión de la realidad social, desde la premisa de la democratización social apunta a una deselitización y horizontalización de la investigación social. Se plantea pues como una propuesta metodológica basada en la crítica y autocrítica en la medida que centra sus objetivos en la movilización y mejora social. En ese sentido sus soportes basados en la búsqueda de pluralidad, de creatividad social como cuestionamiento a la presunta falta de alternativas, buscan la implicación mediante la participación de las afectadas mediante la puesta en valor de sus saberes y capacidad de movilización mediante posibilitar la reflexión y autorganización. En ese sentido no esconde su sentido claramente político de debate y disputa de los significados y acciones sociales. Una política concebida desde la necesidad de acción e intervención sobre entornos colonizados por lógicas instrumentales y que cuestiona la noción del poder que se ejerce sobre los otros a cambio de un *poder hacer* entendido como capacidades de actuar sobre esa realidad (Garcés, 2013).

Como se apreciaba en etnografías y procesos participativos recientes apunta a la superación autovigilada de la neutralidad. En la medida que se reconoce opuesta a los sistemas de dominación que identifica, se centra en promover procesos de investigación-acción amplios que sometan la visión subjetiva de quienes motorizan el proceso a la pluralidad de posicionamientos. Requiere comprender profundamente los contextos para desde ello acordar colectivamente las acciones de mejora. Ya que no cree posible las objetividades plenas, asume su imposibilidad y hace de visibilizador de situaciones sociales de injusticia, toma partido por los más desfavorecidos, otorga voz y facilita la expresión de actores en subordinación de la mano de favorecer procesos de autoreflexión y definición colectiva de acciones superadoras.

Las ECPA apuntan a vincular esa visión holística que marcó la antropología con lo local y contextual; y desde ahí ayuda a descifrar localizadamente la comprensión de los múltiples entramados entre lo local y lo global. Comprender cómo esos sistemas macro



influyen y se resignifican en lo local requiere de ese contextualismo radical que permita diferenciar las combinaciones y expresiones localizadas. Junto a ello la procesualidad es otro ingrediente comprensivo de acción fundamental. Se trabajan procesos sociales tanto mediante la recogida y construcción sistematizada de información y conocimiento, como en su ejecución práctica. Esa procesualidad les da un carácter intensivo y longitudinal que ni mucho menos se detiene ni centra en los resultados, como en la necesidad y utilidad de construir procesos sociales que resultan pedagógicos en sí mismos. Desconocedores a priori del curso que pueda tomar ese proceso(s), su énfasis estará en la construcción y deliberación permanente de sus sujetos en función de la segura modificación que vivirán los contextos y escenarios iniciales.

Cabe insistir en que estos procesos de ECAP guardan estrecha relación con los mundos de la vida sin que se les desconecte de las estructuras institucionales y sistemas de dominación que los determinan. Como se preguntan Kemmis y McTaggart *¿cómo promovemos la descolonización del mundo de la vida que está saturado de discursos burocráticos, prácticas rutinarias y formas institucionalizadas de relaciones sociales, características de sistemas sociales que ven el mundo solo a través del prisma de la organización y no a través de la vida humana y humanitaria de las vidas sociales?* (383). En ese sentido lo vital, lo vivencial, lo relacional (con énfasis en aquellas de poder) cobran una centralidad máxima en conexión con cómo abordar y entender nuestras sociedades y culturas dinámicamente. Por ello como propuesta metodológica cobra especial sentido en construir y reconstruir mundos de la vida saneados con la dignidad como premisa.

De ahí anota su característica de buscar ser crítica. Crítica hacia los articulados sistemas de dominación (capitalismo, colonialismo, patriarcado en ocasiones vinculados a otros, y siempre traducidos a sus expresiones contextuales locales) en sus profundos entramados de reproducción traducidos en desigualdades, exclusiones, subordinaciones, violencias múltiples, injusticias. Investiga-actúa para identificar, paliar sus efectos de sufrimiento en las personas y proponer superaciones locales. Desde esa crítica de cuestionamiento de estructuras se inscribe a lo sustentable, lo decolonial, la apertura a concepciones creativas de organizar lo social, lo cuidadoso, lo ético que pretende orienten sus prácticas.

Para esta propuesta lo participativo se recoge mediante aquella acepción metodológica de ser parte en el proceso, con la más política de aportarle saberes, acción, decisión. Y tiene en la versión más radical de lo democrático otro sentido fundamental: se ejecuta democráticamente escuchando a cada uno y sus saberes para la construcción de visiones comunes, a la vez que es democratizante por plantearse realizar de forma plural y transparente dichos procesos. Con ello hace pedagogía activa de cómo realizar prácticas democráticas transformadoras.

Replantear y resignificar el carácter tradicional de la investigación las hace plantearse como no extractivas (Santos, 2019) desde los que asumen la investigación respecto a sujetos afectados parte del proceso. La superación del papel del investigador como centro director de saber y poder, la negación de objetivar a los sujetos conecta a su vez criterios de interculturalidad, relativismo cultural en su lógica también decolonial con que se han planteado históricamente muchas etnografías. Si desde la epistemología de la IAP-MPs era explícita la intención de generar conocimiento para la acción de los afectados, estos procesos etnográficos participativos se orientan hacia los propios grupos y comunidades en búsqueda de grados crecientes de autonomía; de ahí que su

objetivo se opone a extraer para llevar conocimiento-información hacia el exterior (las instituciones, los sectores privados, el mercado...) y encuentra un sentido principal en el autoconocimiento, la autoformación, la autogestión, el autocuidado.

Así, en términos de método las ECAP son una clara propuesta de pluralismo metodológico orientado a la acción. Para ello experimentará desde las máximas vías técnicas posibles hacia enriquecer el siempre incompleto panorama de la comprensión de la cambiante realidad social. La siguiente tabla como síntesis de los móviles epistemológicos que inspiran estas *etnografías de acción participativa* con sus traducciones técnicas de recogida y construcción de información, conocimiento y acción.

Tabla 1.- Sentidos y traducciones técnicas desde la etnografía e IAP críticas

Fundamentos epistemológicos desde la etnografía e IAP <i>¿Desde dónde? ¿Para qué?</i>	Traducciones metodológico-técnicas <i>¿Cómo?</i>
Holismo-Integralidad	<i>Pluralismo metodológico. Articulación de diversos tipos y fuentes de conocimiento-información orientada hacia procesos sociales de búsqueda de cambio. Trabajo de campo. Registro - Observación participante ampliada y extendida. Conversación formal e informal</i>
Complejidad	Cruce de técnicas para la captación de los distintas informaciones, dimensiones y planos: hechos más objetivables (cuantitativos), aspectos discursivos (cualitativos) y procesos motivacionales (técnicas grupales participativas).
Reflexión-acción para la transformación social	<i>Taller participativo</i> como herramienta colectiva de reflexión-acción. <i>Programaciones y planificaciones participativas.</i>
Ecología de saberes técnicos/expertos y cotidianos/convivenciales.	<i>Búsqueda de pluralidad de discursos y posiciones Investigador/a en rol de facilitador/a que actúa como afectado/a.</i>
Construcción de un Nos-otros	Condición EMTIC. <i>Devoluciones</i> múltiples. Generación de autoconocimiento y autoformación. Ejecución de planes participativos de acción.
Contextualidad adecuada a sus actores, coyunturas y escenarios específicos.	<i>Transectos;</i> <i>Derivas;</i> <i>Mapas locales;</i> <i>Historia colectiva.</i>
Historicidad, diacronía.	Analizadores y dispositivos históricos. <i>Historias de vida individuales y colectivas.</i> <i>Líneas del tiempo.</i>
Procesualidad	Construcción de procesos sociales. Talleres participativos progresivos de Diagnóstico, Proposición, Programación, Evaluación, Seguimiento.
Co-implicación de afectados en diferentes roles como motor principal del proceso.	<i>Grupos motores;</i> conjuntos de acción; Programación colectiva necesariamente con responsables locales. <i>Rotaciones</i>
Trabajo hacia la conformación acordada de intersubjetividad común mediante deliberación.	<i>Talleres participativos</i> con inclusión de técnicas y espacios de debate, reflexión y deliberación. <i>Tetralemas. Flujogramas.</i>

Reconstrucción y creación de relaciones y redes sociales .	<i>Sociogramas</i> . Conjuntos de acción. Análisis de redes.
Conocimientos y planos más allá de los escritos racionales tradicionales .	Elaboración colectiva de instrumentos múltiples: comunicativos, escénicos (<i>teatralidad</i>), gráficos (<i>cartografías</i> e <i>infografías participativas</i> , etc.), histórico-convivenciales (<i>historias</i> y <i>mapas colectivos</i> ; etc.). Autorías colectivas
Adaptación al cambio tecnológico como agente transformador y de intervención sociocultural	Entrevistas y talleres participativos virtuales. <i>Etnografías digitales</i>
Procesos orientados por criterios éticos hacia búsqueda de alternativas locales a sistemas de dominación vigentes: anticapitalistas, antipatriarcales, decoloniales y ecológicos.	<i>Talleres participativos</i> de construcción democrática de criterios. <i>Escenarios de futuro</i> . Construcción de <i>criterios e indicadores de inclusión, pluralidad, sustentabilidad</i> en procesos de programación participativa. Construcción colectiva de <i>decálogos orientadores</i>

5. Discusión y Conclusiones

- Las *etnografías críticas de acción participativa* se plantean como una propuesta metodológica producto de la confluencia práctica que etnografía e investigación acción participativa vienen manifestando en últimas experimentaciones. Orientadas hacia la articulación de investigación y acción social potencian su capacidad detallada y sostenida de estar en terreno con los actores afectados mediante no solo a la observación y el diagnóstico, sino hacia que ello permita consumir procesos sociales de búsqueda contrastada y organizada hacia un cambio social de la situación original. Constituye una confluencia enriquecedora y plural de enfoques y visiones que se inscriben en nuevas lógicas metodológicas ajustadas a los nuevos paradigmas que atiendan a las agudas problemáticas del planeta y sus sistemas.
- La combinación experimental y creativa de diversas técnicas y prácticas de la etnografía en conjunto con otras que la IAP-MPs han ido sumando, nos acercan a dispositivos multidiversos de recursos para auscultar la dinámica y cambiante realidad social para intentar construir colectivamente sus alternativas. Lo colectivo construido desde la participación de la pluralidad suma fortaleza a procesos investigativos para la acción que deben discurrir al ritmo social de las necesidades y posibilidades de sus sujetos. Su orientación hacia el grupo extendido y la localidad los constituyen así en procesos de alta pedagogía hacia el autoaprendizaje y autogestión social de quienes los protagonizan. Por lo tanto, apuntan a construir conocimiento situado especialmente útil para la mejora social.
- Las ECAP recogen la epistemología centrada en la idea de sujetos para el cambio. Objetos de estudio, creencia en la neutralidad investigadora y la objetividad plena son superadas por la revinculación de la conexión investigación-acción inspirada en intentar intervenir la realidad mediante la búsqueda de una relación sujeto-sujeto, con un investigador que como afectado por la problemática aporta desde la facilitación metodológica hacia la comprensión de la complejidad contextual tratada. Se orientan hacia la conformación democrática y deliberada de un sujeto social colectivo que se identifica como un nosotros-otros basado en un anonimato colectivo que se plantea construir dinámicas de dignidad para compartir la realidad común.



VII Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales
Migración, diversidad e interculturalidad:
Desafíos para la investigación social en América latina

- Las ECAP se suman a la amplia corriente crítica que desde las ciencias sociales con los claros aportes desde las experiencias de los movimientos y movilizaciones sociales viene experimentando en las últimas décadas hacia una más profunda y comprometida comprensión de la realidad social. Desde el pluralismo metodológico a la investigación-acción en múltiples y contextuales propuestas metodológicas se nutre de una ampliación de los marcos para prácticas que intervengan sobre una realidad común amenazada en diferentes planos. Entroncan con claridad con las epistemologías y metodologías del sur que acogen esa diversidad experimental sobre todo desde los márgenes de los sistemas de dominación y sus afectados. Desde ahí se plantea dar respuesta a cuestiones como: ¿Cómo superar el extractivismo de la información-acción que los/as afectados/as construyen? ¿Cómo constituirlos como herramientas útiles a las múltiples luchas por la inclusión, la horizontalidad y el reconocimiento social, para la autonomía de procesos propios? ¿Cómo conformarlas como estrategias que, superadoras de la lógica vanguardista, avancen desde un nosotros anónimo hacia la construcción de espacios y dinámicas del procomún de las sociedades en que nos toca convivir?
- La propuesta de ECAP permite la confluencia de experimentalidad y pluralismo metodológico especialmente orientado a la superación universalista y reglada de la investigación y planificación social. Así, construir itinerarios experimentales propios y contextuales cada vez, sentipensantes, decolonizadores de las prácticas y los imaginarios, que permitan comenzar a experimentar la construcción de la sociedad y las relaciones sin género, enfocadas claramente en lo local, sustentables, creativos, y de construcción y reconstrucción de mundos de la vida comunes, constituyen sus rutas a transitar.